

Xosé Gabriel Vázquez (2019). Animal de realidades Nuestra identidad evolutiva como especie e individuos. Letrame Editorial

Para empezar, como ocurre siempre que se lee un libro interesante y complejo, no se sabe por dónde empezar, y podríamos extendernos muchísimo comentando una gran amplitud de aspectos. Por eso, lo más lógico es detenernos tan sólo en los aspectos más centrales.

La verdad es que hacer el análisis de un libro es siempre una tarea muy compleja, aunque se trate de uno no muy extenso, y escrito de una forma amena y asequible, como indica el autor. Pero se trata de un tema suficientemente complejo (la esencia o lo que nos define como humanos) como para que se tengan que tocar muchas vertientes y matices.

Me veo muy cercano al autor en muchas de sus reflexiones, tras haber dedicado toda mi vida de docente universitario (y sigo todavía como emérito metido en este tema tan apasionante y complejo de la definición de lo humano), pero también hay que resaltar matices un poco distantes al autor.

La primera reflexión la suscita el título: “Animal de realidades”. No cabe duda que la referencia a Zubiri está clara con ese título, y las citas al filósofo donostiarra serán numerosas a lo largo del texto, pero la relación entre este título y las referencias a Zubiri son un tanto ambiguas. ¿Coincide con la idea de “realidad” de Zubiri? Parece como si se considerara la idea de “realidad” con la idea simple de “dimensión” o “aspecto” de lo humano.

En el libro se busca definir al ser humano como conjunción entre tres “realidades”, algo que justifica el título, pero ¿no sería más adecuado llamarlas tres “dimensiones”? De hecho, así lo hace el autor en otros apartados del libro.

Un punto que también quisiera resaltar es las reflexiones continuas respecto a la relación de nuestra especie al conjunto de las especies vivas. Está claro que no se puede entender lo humano más que en continuidad con el proceso evolutivo, y eso nos hace ser una especie animal más. Pero también hay que resaltar las diferencias y lo que nos hace singulares, como así lo hace el autor. Es una tensión muy propia de nuestro tiempo, en la que la mayoría de los autores se sitúan, pero acercándose cada uno a uno u otro extremo de la tensión, predominando en estos momentos la tendencia a insistir más en la continuidad que en la diferencia. Y se insiste una y otra vez en que, en los animales, sobre todo en los cercanos a nosotros en la cadena evolutiva, se advierten todos, o casi todos, los rasgos que en algún momento se han considerado propios y exclusivos de los humanos. Es correcto e inevitable mantener esa tensión, pero se puede afirmar la continuidad acentuando al mismo tiempo la diferencia y la singularidad. De hecho, para el autor está claro que lo propio e específico de los humanos es la capacidad de ideación. Pero yo defendiendo una postura mucho más inclinada por acentuar la diferencia cualitativa, sin ningún complejo, dando al ser humano más valor y mayor densidad ontológica, dentro de una visión del mundo desde lo que podríamos llamar una ontología escalonada. Prueba de ello es que, si nos situamos en el dilema de salvar la vida, o sacrificarla, de un animal o de un ser humano, supongo que nos inclinaríamos por salvar a un ser humano.

Está claro, continuando con esta reflexión, que, en los simios, y en otras especies más lejanas incluso, se dan ya atisbos de rasgos humanos: lenguaje, inteligencia, cultura, sentimientos, etc., no siendo fácil establecer una frontera nítida que marque una diferencia cualitativa. Se ha afirmado que el ser humano no innova nada, puesto que todas sus cualidades pueden atisbarse en especies animales anteriores; sólo que el ser humano lleva esos rasgos a su máxima expresión. Demorarse en estas discusiones es un esfuerzo un tanto estéril, porque el problema hay que resolverlo en su conjunto. Y, al mismo tiempo, es una discusión que no se dirime en los simples datos, sino en el enfoque interpretativo del conjunto, propio de cada autor. Precisamente, la identidad epistemológica de la Antropología filosófica está en tomar conciencia de que la definición de lo humano es el resultado de la conjunción de los datos científicos y la interpretación crítica de la filosofía; o mejor, de las filosofías de cada autor (o lo que viene a ser lo mismo: del modelo antropológico del que parte cada autor). Por tanto, nos encontramos en un círculo hermenéutico interminable entre las aportaciones continuas de las ciencias y el enfoque filosófico en el que se sitúa el intérprete de turno.

Así, en estos ejercicios comparativos entre humanos y animales, el aspecto que (¡en mi opinión!) resulta más determinante es el de la capacidad ética, no tanto las habilidades intelectuales o lingüísticas. Es decir, es posible que no nos pongamos de acuerdo en que haya o no una diferencia cualitativa en las habilidades para usar/construir herramientas, uso de lenguajes, y cualquier otra habilidad que conforma lo que denominamos “cultura”, pero el punto que ningún defensor de la continuidad entre lo animal y lo humano se atreve a defender (al menos, yo no lo he visto) es la atribución a los animales de libertad y de responsabilidad ética. Por poner un ejemplo: aunque el primatólogo holandés (y otros) Franz de Waal quiera ver en la conducta de los chimpancés atisbos de sensibilidad moral (indignación ante la injusticia y trato desigual, etc.), no se atreve a atribuirles responsabilidad (véase su libro “La política de los chimpancés”).

En ese sentido, me parece que el autor olvida, o no tiene demasiado en cuenta, en sus intentos de definición de lo humano las referencias a la capacidad ética y a la responsabilidad solidaria, clave de la dimensión social de los humanos. Se insiste demasiado en lo intelectual (razón, ideación, etc.), y no suficiente en los sentimientos y la voluntad libre y responsable.

De igual modo, la postura a la hora de definir lo humano no es tanto buscar una cualidad (para el autor, la ideación) que nos diferencia, sino más bien lo que nos define es una estructura propia y específica de lo humano, conformada por tres aspectos o dimensiones: los rasgos biológicos (en sentido amplio: genes, desarrollo biológico, cerebro, etc.), nuestra psique o mente, y la dimensión social y cultural. El autor hace referencia precisamente a estas tres dimensiones (“realidades”), pero después, en vez de reflexionar sobre la conjunción y enriquecimiento dinámico y abierto de estas tres dimensiones, como esencia de los humanos, se centra en profundizar en una cualidad específica: la capacidad de ideación.

Lo curioso es que el autor, en uno de sus capítulos, hace referencia de forma acertada a que cada especie es una fórmula nueva y específica que se inventa la evolución, consistiendo también en eso mismo la especie humana: una fórmula nueva, esto es, un modo nuevo de estructurar la relación de estos tres componentes: lo biológico, lo mental y lo social, fruto del proceso evolutivo. Estos tres ingredientes se están interinfluyendo continuamente en la historia de nuestra especie y en la de cada individuo. Así, la base biológica posibilita que tengamos una mente dotada por los rasgos específicos de nuestra especie (que toman la forma singular de nuestro yo), y esa mente será troquelada por el entorno histórico y cultural en el que nos toca vivir. Somos cada uno de nosotros de tal manera fruto de la influencia social que ese entorno cultural nos despierta a la conciencia de nuestro yo, al modo concreto como nos percibimos como personas, y nos llama e invita a ser libres y autónomos, a tomar la vida en nuestras manos. Y estos tres ingredientes que forman la estructura dinámica de cada persona (estructura bio-psico-social) están interrelacionándose en un proceso dinámico abierto, sin fin. Eso es, lo específico de la especie humana y de cada individuo, con todo lo que tiene de definición ambigua y totalmente abierta. Y, por eso, somos una especie singular y cada individuo es irreplicable.

Hay otro aspecto que no me acaba de convencer, y es la referencia al polo mental o psíquico denominándolo “espiritual” o “etéreo”. Lo cultural también es espiritual, en parte. Resulta más interesante acercarse al estudio de lo mental, dentro de la actual Filosofía de la mente, desde la idea de que la psique humana es la estructura dinámica del cerebro/cuerpo humano, completándose esta visión con la dimensión social (“cerebro social o cerebro extendido”, según algunos), desde la teoría emergentista, postura que se sitúa entre los reduccionismos y los dualismos (en la polémica sobre la relación mente-cuerpo). De igual forma, resulta muy sugerente para este punto las tesis de M. Tomasello sobre la dimensión social de la construcción de la mente humana (Dos de sus libros: Los orígenes de la comunicación humana; Los orígenes culturales de la cognición humana).

Otro punto un tanto distante es el de las referencias que el autor hace de vez en cuando a la dimensión religiosa. Para el autor la visión científica y la religiosa parecen más bien excluyentes (p. 71, 72, 80, 106, etc.). Estando de acuerdo con ello, si nos referimos a las visiones religiosas fundamentalistas (creacionistas, teoría del Diseño Inteligente, etc.). Pero la teología crítica e ilustrada de la mayoría de las confesiones cristianas, consideran que lo científico y lo religioso son visiones que se pueden complementar. Claro que es una opción de fe (por eso, no demostrable) el ver bajo el desarrollo de los acontecimientos la acción de Dios, aunque no pueda explicarla, ni menos aún demostrarla. Pero el no creyente está en este punto en la misma situación: considera y decide (por tanto, es un acto de fe) que la vida para él tiene sentido sin recurrir a la hipótesis de Dios. Ambas posturas son razonables y defendibles, creo yo, porque ninguna de ellas es demostrable, y, por tanto, se sitúan en el ámbito de las opciones o propuestas metafísicas (aunque muchas veces la opción no creyente cree que no está haciendo una opción metafísica, sino que se atiene a los datos de la realidad, esto es, a lo que se puede demostrar; pero esa afirmación no se sostiene: afirmar que no hay más realidad que lo que se puede demostrar, no es un dato científico, sino una interpretación filosófica, sea o no verdadera). Es interesante cómo F. J. Ayala (Darwin y el Diseño Inteligente. Creacionismo, cristianismo y evolución) plantea esta discusión, sin ser él precisamente creyente.

Otro aspecto también de interés es el referido a lo que el autor se plantea sobre cuando nuestra conciencia o espíritu se interroga para qué estamos en el mundo (p. 93). Resulta de gran interés este punto, pero también un tanto limitado, al reducir la respuesta a la necesidad de seguir ideando, al advertirnos como el único ente que toma conciencia de la realidad del universo, y que posee la capacidad de construir un mundo artificial y cultural. Pero, en la línea indicada antes sobre la dimensión ética, en conjunción con lo social, ¿no habría que completarlo con la llamada ética a construir un mundo justo, solidario y responsable, para que entre todos consigamos la felicidad (sea cual que sea el modo de entender este concepto) para todos? Aquí nos encontramos de nuevo con una cosmovisión de lo humano, de la historia, del universo, etc., que cada uno de nosotros propone como meta y camino de realización de lo humano. Cosmovisión que puede hacerse desde muchos puntos de vista: reduccionismo biologista, humanismo no creyente, opción religiosa, etc.

Podríamos extendernos en muchísimos otros detalles, pero los indicados son más que suficientes. Puede que fijando y demorando demasiado en los aspectos de discrepancia y menos en los sitios en que coincidimos, pero quizás así sea más enriquecedor el diálogo. Además, otro dato que hay que tener en cuenta es que, cuando dialogamos con otro, como cada uno viene de una trayectoria intelectual y vital propia, utilizamos los conceptos de forma un tanto distinta, con lo que podemos hacer surgir muchos malentendidos que, en vez de ayudar, estorban la comprensión y el acercamiento entre los dialogantes.

Carlos Beorlegui Rodríguez

Doctor en Filosofía y Licenciado en Teología.

Catedrático Emérito de la Universidad de Deusto; Profesor invitado de la Universidad Centroamericana (UCA) de San Salvador (El Salvador) y miembro del Consejo de Redacción de la Revista de Filosofía Pensamiento (Madrid), así como miembro de la Asociación de Hispanismo Filosófico y de la Sociedad Hispánica de Antropología Filosófica (SHAF).